

El problema de la narrativa sociológica.

Idas y vueltas de una encrucijada

Raimundo Frei

Universidad Diego Portales, Chile

raimundo.frei@mail.udp.cl

DOI: 10.32995/0719-64232024v10n20-174

El problema de la narrativa sociológica:

Idas y vueltas de una encrucijada

Raimundo Frei

RESUMEN

Un viejo fantasma recorre la disciplina sociológica: su crisis. Sin ánimo de agravarla, este artículo invita a reflexionar desde la distancia sobre cómo se piensa, imagina y postula una crisis de la narración —especialmente una crisis de la narrativa sociológica—, y de qué modo diversos autores han respondido con su práctica a revalorar el poder de las historias y las narrativas. A través de un juego de ida y vuelta, se busca entender la encrucijada de la sociología actual y sus procesos de reconversión. Para ello, se ponen en diálogo los trabajos de Walter Benjamin, Hannah Arendt, Andrew Abbott, Arlie Hochschild y José Joaquín Brunner, a la luz del desarrollo de la sociología en Chile. A partir de estas obras, se exploran los significados de crisis narrativa, crisis de la explicación narrativa y de la disciplina sociológica, y cómo se pueden imaginar formas de reconvertir, reconfigurar y revertir estas historias que anuncian un fin inminente.

PALABRAS CLAVE

Sociología, narrativas, crisis, metodologías cualitativas, Chile

The Problem of Sociological Narrative: Twists and Turns of a Crossroads

Raimundo Frei

ABSTRACT

An old spectre once again haunts the sociological discipline: its crisis. Without intending to exacerbate it, this article offers a reflection on how a crisis of narration—and especially a crisis of sociological narrative—is conceived, imagined, and posited, and how others have responded through their practice to revalue the power of stories and narratives. Through a back-and-forth analysis, the aim is to understand the current crossroads of sociology and its processes of transformation. To this end, the works of Walter Benjamin and Hannah Arendt, Andrew Abbott and Arlie Hochschild, as well as José Joaquín Brunner's work, are brought into dialogue in light of the development of the sociological discipline in Chile. Through these works, I delve into the meaning of a narrative crisis, a crisis of narrative explanation and of the sociological discipline itself, and how it is possible to imagine ways to transform, reconfigure, and overturn these stories speaking of an imminent end.

KEYWORDS

Sociology, Narratives, Crisis, Qualitative Methodologies, Chile

LA HISTORIA CONTRA LA SOCIOLOGÍA

Un fantasma recorre la disciplina sociológica. En los últimos años se registran en diferentes países un declive en la matrícula de estudiantes. Menos jóvenes estarían dispuestos a cursar estudios sociológicos en lugares como Argentina, Chile y Francia. Más allá de las cifras, esta imagen fantasmagórica se materializa en distintas historias que rodean a la sociología como profesión, especialmente en el contexto chileno.

Por un lado, el aumento de la oferta de la carrera de sociología en años anteriores se habría traducido posteriormente en menos capacidad del mercado laboral para absorber a los recién egresados. Es decir, habría menos empleabilidad a futuro. Esta situación se enlazaría con un espectro aún más grande: la figura del universitario desempleado, que amenaza con ser una crisis mayor en la relación entre sistema educacional y mercado. En esta línea, se sumaría el impacto de la pandemia de COVID-19, que parece haber cambiado las preocupaciones y proyectos vocacionales de las nuevas generaciones. Y, por si fuera poco, la crisis inflacionaria y el desempleo que trajo la pandemia reforzaría el interés por oficios pragmáticos, “con futuro”¹. Estas historias apuntan a como se organiza el mercado y las instituciones que compiten por intereses en constante cambio.

1 Incluso se podría acompañar esta historia a partir de las voces de quienes piensan que la introducción del *big data*, y luego la inteligencia artificial, no solo harían innecesarias partes de las funciones de la disciplina sociológica (por ejemplo, analizar datos), sino que dejarían obsoletos sus métodos tradicionales como encuestas y entrevistas. Dado que los datos emergerían naturalmente del funcionamiento sistémico de las redes, se haría innecesario los métodos de recolección. Uno de los inicios de esta narración se encuentra en el artículo de Savage y Burrows, “The Coming Crisis of Empirical Sociology” (2007).

Otro frente de historias se permea del ambiente sociopolítico. El auge de la extrema derecha pondría bajo sospecha a las ciencias sociales, ya sea por el supuesto de que todas son de izquierda o de que todas están alineadas en contra de los principios de orden, libertad y crecimiento. Las narrativas asociadas a proyectos de las nuevas derechas han hecho cundir historias donde las ciencias sociales serían antagonistas del desarrollo o de *la* moral. Así, gobiernos de izquierda —pasados y presentes— estarían plagados de sociólogos (y los de derecha, de economistas e ingenieros) y las revueltas sociales habrían sido estimuladas por agentes de esas disciplinas y su voluntad de cambio. Estos relatos atraviesan el campo de la imaginación política y también influirían en cómo se evalúa a la sociología.

Un último frente de historias surge desde una perspectiva comunicacional, y refiere al problema de la inteligibilidad sociológica. Los académicos estarían cada vez más ensimismados en la producción de artículos para revistas indexadas, lo que debilitaría su capacidad de conexión y comunicación con las conversaciones de la vida cotidiana. Además, parece haberse perdido toda capacidad de investigación-acción o de crear puentes de lenguaje mínimos entre el “objeto de estudio” y el “observador”. No hace mucho esto se asociaba más bien al trabajo de teorización, donde las teorías construían lenguajes abstractos que no lograban luego reconciliarse con el habla cotidiana (Cordero y Salinas, 2007). Últimamente, este problema se vincula a cierta forma de investigación que acentúa los rasgos identitarios, particularistas o localistas, cuyos resultados no serían entendidos ni por el público general ni, en ocasiones, por los propios colegas. Estos últimos relatos son propiamente disciplinares.

Sin embargo, no es mi intención profundizar en estas historias, que circulan hace un buen tiempo y de distintas maneras. Todas ellas se podrían deconstruir y discutir profundamente. Me interesa un plano anterior, tanto a las historias como a la propia disciplina. En lo que sigue, quiero hacer un ejercicio absolutamente lejano a esta coyuntura, para volver solo al final al plano disciplinar. Quiero explorar, más bien, las formas en que se piensa,

imagina y postula una crisis de la narración —y luego una crisis de la narrativa sociológica—, y de qué modo otros autores han respondido con su práctica a revalorar el poder de las historias y las narrativas (sociológicas).

A través de un juego de ida y vuelta, me propongo entender la encrucijada de la sociología actual y sus procesos de reconversión. Para ello, voy a situar tres duetos imaginarios: Walter Benjamin y Hannah Arendt, Andrew Abbott y Arlie Hochschild, y el José Joaquín Brunner de los años noventa versus... el propio José Joaquín Brunner quince años después. Quiero mirar, a partir de estas tres duplas, qué significa una crisis narrativa, una crisis de la explicación narrativa y de la disciplina sociológica, y cómo podemos imaginar formas de reconvertir, reconfigurar y revertir estas historias que anuncian un fin inminente.

EL FIN Y EL NACIMIENTO DE LOS NARRADORES

Quizás no fue el primero, pero Walter Benjamin fue quien con mayor fuerza plasmó la idea de que, lo que a principios del siglo XX se entendía como narrativa, estaba llegando a su fin: “el arte de la narración está tocando a su fin” (Benjamin, [1936] 2018, p. 225). En alemán, es fácil asociar ese arte al simple hecho de contar historias: *erzählen* comparte la misma raíz que contar, numerar, reportar. Benjamin piensa precisamente en eso, en el arte que viejos campesinos, marinos o comerciantes manejaban con naturalidad: contar historias, relatar eventos remotos y traerlos al presente. Y, más precisamente, la facultad de intercambiar experiencias pasadas o distantes.

La propia experiencia biográfica de Benjamin se trasluce en esto. Nacido en 1892 en Berlín, perteneció a una generación que no experimentó la Primera Guerra Mundial directamente, pero que vio el retorno de los soldados que sobrevivieron. Entre estos últimos predominaba el silencio tras la experiencia de las trincheras (“la gente volvía enmudecida del campo de batalla”). La Gran Guerra quebró la capacidad de contar y transmitir historias. El enmudecimiento era un signo inequívoco de que el horror vivido

no podía compartirse, pero además dejaba una huella indeleble en quienes actuaban como receptores de ese silencio. Los estudios de la memoria colectiva, de hecho, se expandirán en la medida en que más eventos catastróficos dejen su huella a través del silencio, haciendo necesario el trabajo de suscitar y recuperar testimonios de lo ocurrido.

Benjamin, no obstante, sitúa la crisis de la narración en un espacio aún más amplio, en “las fuerzas productivas históricas seculares” (Benjamin, [1936] 2018, p. 229), las que vaciaron el arte de intercambiar historias y reemplazaron su función ya sea por experiencias solipsistas de lectura —lo que él adjudica a la novela, en primer lugar— o formas de comunicación donde predomina lo contingente e instantáneo, como la transmisión de *información*.

Aunque *El narrador* es una reseña de la obra de Níkolai Léskov —un narrador ruso del siglo XIX—, Benjamin elabora en este texto la idea de que algo esencial se ha perdido por la transformación de la narración desde una experiencia mundana, con una comunidad de oyentes que retenían y transmitían historias, a otra centrada en mecanismos de comunicación que perpetúan lo individual e impersonal. Uno de esos elementos perdidos es la capacidad que tienen las narraciones de dejar abierta la posibilidad de sacar un consejo, una moral. De las historias transmitidas se aprende algo, pero ese aprendizaje siempre está abierto a reinterpretarse una y otra vez. Para Benjamin, en cambio, la novela carece de esa capacidad moral, en parte porque su “sala de partos” sería el individuo en soledad (en tanto autor y lector) y en parte porque apunta a lo “inconmensurable en lo más alto”, esto es, “una materia seca”. Así como Sherezade se mantenía con vida —y a las que la seguían— con su tejido de narraciones, el fin último de la novela sería la atracción de “calentar una vida helada junto al fuego de una muerte leída” (Benjamin, [1936] 2018, p. 243).

Más allá del contraste entre narración y novela —criticable desde variados puntos de vista—, subyace en la desesperanza de Benjamin la percepción de un reemplazo fundamental: la transición de una forma de rememoración que deja la trama abierta, permitiendo volver una y otra vez para

tejer experiencias pasadas y lejanas de distinta manera, hacia una práctica de memoria que intenta eternizar un recuerdo de una vez y para siempre. Por lo demás, la forma primaria de narración era posible por la existencia de una comunidad de escucha, que oye historias contadas una y otra vez, contraponiéndose a la lectura individual del lector novelesco. En este sentido, cuando Benjamin concluye que el “arte de contar historias ha quedado desierto”, no es solo porque ya no existan narradores, sino por la ausencia de una comunidad de escucha capaz de retener y transmitir las historias contadas.

Benjamin inaugura la reflexión sobre las crisis narrativas desde un triple sentido: la incapacidad de transmitir experiencias tras un trauma colectivo; el reemplazo de la práctica de recontar historias por formas de comunicación clausuradas en su significado; y el paso desde una comunidad de escucha hacia experiencias individualizadas y aisladas de apropiación de relatos. La sociedad como desierto, sin vida narrativa.

Para Hannah Arendt esta imagen no es ajena. Al final de sus conferencias sobre la historia de la teoría política, Arendt ve en el ocaso del espacio intersticial en el cual pensamos nuestra vida pública —“el desvanecimiento de todo lo que hay *entre* nosotros”— una expansión del sentimiento de desierto que nos invade (Arendt, 2008, pp. 225-227). A ello le suma el hecho de que se vuelve común pensar que gran parte de nuestros problemas residen al “interior”, siendo la prominencia de la psicología un síntoma del “ajustar a la vida al desierto” (Arendt, 2008, p. 226). Es decir, un oficio que fortalecería más la pobreza de nuestras relaciones que un camino para sacarnos de la vida árida en que nos encontramos.

No obstante, Arendt no parece interesarse demasiado por las formas y prácticas narrativas que subyacen al desierto benjaminiano. En el perfil sobre Benjamin que la autora (1968) incluye en el libro *Hombres en tiempo de oscuridad* hay solo una pequeña alusión al texto *El narrador*. Incluso, puede pensarse a Arendt como una teórica sobre la vida activa, la pluralidad y el poder de emergencia de la acción, sobre la violencia y los totalitarismos (“estas tormentas del desierto”) y, especialmente, sobre la vida política,

pero quizás no todos sus lectores la considerarían una pensadora sobre el carácter narrativo de la vida social. Sin embargo, eso es solo una apariencia. Arendt no deja de mostrar lo fundamental del poder de las historias para el pensamiento y la acción en varias ocasiones. En este sentido, su visión contrasta significativamente y complementa lo que sugería Benjamin. Precisemos su posición en tres pasos.

Hannah Arendt dedica una de sus obras principales —*La condición humana* ([1958] 1993)— a delimitar y observar las transformaciones de tres aspectos fundamentales de la *vida activa*: la labor de nuestras manos, el trabajo de nuestros cuerpos y la acción frente a otros. Es necesario detenerse en esta última, pues la acción está ligada en Arendt al menos a tres puntos: la acción de la *vida activa* siempre se produce *entre* otros —está anclada a la capacidad de iniciar algo nuevo con los demás (pluralidad)—; la acción siempre tiene la posibilidad de emerger una y otra vez, es decir, no tiene un ciclo natural ni imperecedero, lo que abre tanto nuestra libertad como nuestra fragilidad frente a lo impredecible (contingencia); y, por último, la acción está indisolublemente ligada al discurso, en particular, a la necesidad de que los hechos y eventos que acontecen en la acción tengan que ser contados para entrelazarse a la red de relaciones humanas, que son el espacio intangible donde toma lugar cualquier acción (narratividad)².

En este primer punto, acción y discurso —cristalizado en historias— se entrelazan y necesitan mutuamente. No es posible la vida activa sin historias, porque ellas conectan las acciones del espacio público a una trama más amplia de sentido, produciendo a su vez su circulación —alcanzando públicos más amplios— y rescatando las acciones de su carácter efímero, es decir, del olvido. Son las historias las que nos hacen encausar y soportar los

² Los traductores al español de *The Human Condition* hicieron el feliz ejercicio de traducir “*web of human relationships*” como trama. Para la teoría narrativa, la trama (el *plot*) constituye el elemento esencial de cualquier narrativa. A principios de los años noventa, Margaret Somers (1994) sacó todas las consecuencias sociológicas de esa relación, y esa debería ser, a mi entender, la base de cualquier teoría narrativa sociológica.

acontecimientos vitales. Esto explica que Arendt citara recurrentemente a Isak Dinesen: “todas las penas pueden soportarse si las ponemos en una historia o contamos una historia sobre ellas (*tell a story about them*)” (Arendt, 1993, p. 199).

Si bien con esto nos alejamos de la crisis de época de Benjamin —a menos que asumamos que no existe ya ninguna acción posible en una sociedad predominada por el *homo faber* y el consumo—, es importante señalar, en segundo lugar, que Arendt se distancia de una idea que se hará común en los estudios narrativo-biográficos de los años ochenta, a saber, la relevancia de las narrativas personales para entender las trayectorias vitales y sus entramados sociales. En el pensamiento de Arendt, no son necesariamente los actores quienes dotan de sentido a sus actos a través de sus propias historias. Más bien, se necesitan narradores. Ellos son quienes, al recontar la acción humana, le dan sentido y razón. Las historias que nos contamos son simplemente “material” para otros: “la acción sólo se revela plenamente al narrador”, y lo que él cuenta “ha de estar necesariamente oculto para el propio actor” (Arendt, 1993, p. 215).

Para Arendt, “nadie es autor o productor de la historia de su propia vida”. Somos actores y pacientes de las relaciones que estrechamos con otros, pero nunca sus narradores conscientes. En *La vida del espíritu* lo ejemplifica de la siguiente manera: Ulises solo lloró sobre su vida cuando fue contada por otro, “sólo al escuchar la historia llega a ser plenamente consciente de su significado” (Arendt, 2002, p. 154). En este sentido, Arendt establece una relación de sentido entre la acción y la capacidad de comprenderla y contarla por aquellos que la miran por fuera.

Un último elemento que se cristaliza en los textos de Arendt es el lugar de las historias a la hora de acompañar y visualizar el trabajo del pensar. De hecho, son pocos los textos donde ella no evoque una historia. Parecen simplemente anécdotas sacadas de su acervo de historia clásica, pero su lugar crucial se delata en cómo estas son hilvanadas en la exposición y elaboración de un concepto. Un ejemplo notable se encuentra en la cuarta

sección de *La vida del espíritu*, dedicada al pensamiento, donde la autora se pregunta dónde estamos cuando pensamos (Arendt, 2002, pp. 217-236).

Siendo uno de sus textos más brillantes, e indudable el carácter reflexivo de la respuesta, es impensable seguir la textura de su elaboración sin el relato de Jenofonte sobre Sócrates —quien habría permanecido inmóvil durante 24 horas—, o el sueño narrado de Chuang Tsé —quien soñó ser una mariposa y no sabía si al despertar era un filósofo o el animal alado—, o el texto de Kafka “Él”, que le permite a Arendt situar el pensamiento entre dos “adversarios”, el pasado que empuja hacia lo ya determinado y las expectativas de futuro que bloquean lo no esperado. A partir de estas historias nos conduce al lugar del pensamiento, ese espacio en que nos concentraríamos y nos desdoblaríamos para despegar de las ataduras del pasado y no caer en la inexorabilidad del futuro esperado. Se podría decir que los relatos nos acompañan en lo que Arendt precisamente veía como el movimiento al infinito del pensar, huyendo del encapsulamiento del presente pasado y el futuro presente.

Siguiendo las elaboraciones de la filósofa alemana: si logramos pensar con y a través de las historias; si podemos narrar las acciones y experiencias de los actores; si existen aún acciones que emergen entre nosotros de manera impredecible y podemos contarlas para entender su significado; si todo eso ocurre, es posible pensar que no vivimos del todo una crisis de la narrativa.

ACABAR CON LAS NARRATIVAS O SENTIRLAS MEJOR

Andrew Abbott es uno de los teóricos sociales más importantes surgidos en la década de los sesenta en Estados Unidos. Si bien no se reconoce como parte de una generación de protesta (le preocupaba más el “llamado a filas”³

3 Ver su texto informativo: “Losing the faith”, en *The Disobedient Generation. Social Theorists in the sixties* (Sica and Turner, 2005, pp. 21-36). Junto a Abbott se pueden encontrar los testimonios de Jeffrey Alexander, Michael Burroway, Craig Cahloun, Karin Knorr Cettina, Saskia Sassen y Erik Olin Wright, entre otros.

que la oposición a la guerra de Vietnam), comparte con otros grandes sociólogos el haberse formado —y luego haber sido formador— en uno de los centros neurálgicos de la sociología estadounidense: la escuela de Chicago. Para cualquiera que haya explorado sus textos, resulta evidente la complejidad de un pensamiento que no se deja encasillar. Profesiones, secuencias, eventos, procesos, tiempo: en cualquiera de estos ámbitos, Abbott ha innovado y ofrecido una riqueza analítica del más alto nivel.

En 2007, Abbott publicó un texto particular titulado “Contra las narrativas: un prefacio a la sociología lírica”. Aunque no es claro cómo se alinea con sus trabajos previos (partiendo por su estudio sobre el positivismo narrativo, que no tiene ni un ápice de lírico), el artículo está escrito bajo la modalidad adversarial. Se podría parafrasear así: es hora de dejar atrás las narrativas y todo lo que conllevan y pasar a una sociología poética. Es más, si la sociología pública ha declinado, lo ha hecho no por su timidez moral y obsesivo profesionalismo (como habría propuesto Buroway), sino por la “imaginación incolora” y “fatigante moralismo” que contienen sus narrativas (Abbott 2007:69). Los relatos sociológicos estarían marcados, de esta manera, por la falta de imaginación, un moralismo simplón y una carencia de emocionalidad. Y, al contrario, la sociología que tuvo impacto en la opinión pública norteamericana hasta aquel entonces habría sido la que logró generar una gran reacción emocional en sus lectores, no la que se imbuyó de una pretensión moral y explicativa.

Abbott reconoce en el giro narrativo de los años ochenta una de las grandes transformaciones de las ciencias sociales, donde los investigadores se volcaron a recolectar y seguir historias, entender sus símbolos y significados, así como la estructuración discursiva y lingüística de sus secuencias y códigos. Aunque no lo mencione, el propio giro de Jeffrey Alexander en su programa ‘fuerte’ de sociología cultural se encasilla ahí. Este giro se dio, a su vez, para contrarrestar una sociología eminentemente analítica y cuantitativa, que se habría enfocado en construir relaciones causales entre categorías, en vez de atender a las experiencias, acciones e historias concretas de los actores.

No obstante, Abbott sostiene que gran parte de la sociología —cualitativa y cuantitativa, analítica o hermenéutica— ha sucumbido a una forma de reconstruir lo social que deja de lado las situaciones, la emocionalidad y las complejidades de cada momento, enfocándose más bien en secuencias explicativas que imponen un modelo de causalidad. Abbott encasilla todas estas formas de reconstrucción como explicaciones narrativas del tipo: “la desigualdad económica causa segregación económica y esta debilita la cohesión social”; o, “los movimientos sociales cambian las orientaciones normativas y luego las instituciones”.

Ahora bien, a diferencia de Benjamin y Arendt, cuando Abbott piensa en narrativas se retrotrae, en primer lugar, a la tradición que inicia Aristóteles, continúa Propp y se encumbra con Barthes. Es decir, aquella corriente que identifica estructuras narrativas en las secuencias temporales que se incrustan en los relatos (Caperucita se encuentra con el lobo de “ojos diabólicos” y más tarde es devorada, y su cuerpecito es “molido las carnes, molido los huesos”, en la versión de Gabriela Mistral). En la tradición estructuralista, ni las emociones, ni la descripción ni la sensibilidad lírica son luego recogidas (más bien: Caperucita – mujer roja – muere por bestia salvaje – avaricia animal). Pero Abbott considera, además, que la adaptación del análisis narrativo estructural a la sociología limita el análisis al mero hecho de recontar a la distancia (y darle una coherencia artificial a lo sucedido), explicar lo supuestamente acontecido y moralizar el objeto de estudio. Pero entonces, si no debemos reconstruir, explicar y juzgar lo acontecido en la vida social, ¿qué debemos hacer entonces?

En lugar de narrar, Abbott propone una sociología lírica que use imágenes de un momento o situación de la vida social para transmitir, con la mayor intensidad posible, lo que está ocurriendo en un lugar y tiempo específicos. No hay que explicar ni moralizar nada, simplemente mostrar la realidad percibida, de tal manera que la audiencia pueda removerse por lo visto u oído. El sociólogo toma una posición comprometida y emocional con la descripción de las situaciones observadas, y es consciente de su

ubicación particular en el espacio y tiempo: “Un escritor narrativo busca contarnos qué sucedió y explicarlo. Un escritor lírico apunta a contarnos intensamente su reacción hacia una parte de un proceso social visto en algún momento” (Abbott, 2007, p. 76).

Así, las narrativas se construyen a través de historias (*stories*), en tanto la lírica trabaja con la fuerza de las imágenes. Las narrativas son un ejercicio de mimesis abstracta, mientras las imágenes conllevan emociones. No es que las narrativas no conlleven una carga emocional; para Abbott, en la sociología, de hecho, predominan historias nostálgicas —la pérdida de la comunidad o cohesión— o narrativas marcadas por el escándalo frente a la realidad y acusatorias en su finalidad. Pero la gran diferencia es que las narrativas, dado que nos pondrían a distancia de la realidad, no lograrían establecer o transmitir una simpatía por los hechos. En su propuesta, la sociología lírica debiese acercarse a las situaciones, momentos de la vida social con curiosidad, simpatía y de manera reflexiva, evitando la mirada exótica, la arrogancia y la predisposición a emitir juicios.

En total contraste con Benjamin, el problema para Abbott no es que nos quedamos sin historias ni experiencias, sino que estamos plagados de ellas y solo nos dejan juicios morales (¡la sociedad es desigual e injusta!) y explicaciones abstractas (¡lo produce el neoliberalismo!). Abbott hace un llamado a volver a la descripción intensa, emocional y cercana a los espacios, momentos y hechos sociales en los cuales habitamos⁴.

¿Debemos abandonar entonces la huella narrativa y sus secuencias explicativas por otra forma de sociología? Ciertamente, hay otros caminos. Arlie Russell Hochschild nació ocho años antes que Abbott y gran parte

4 Mike Savage (2009) compara la propuesta general de Abbott con el trabajo de John Goldthorpe y Bruno Latour como precursores de una sociología descriptiva, que revaloriza el rol de la búsqueda de patrones y relaciones. Es curioso el hecho de que Savage remarque, en varias ocasiones, la debilidad de la propuesta de Latour, que no lograría distanciarse de las explicaciones narrativas en sus trabajos más importantes. Curioso porque, al fin y al cabo, Latour ha resaltado por su capacidad de ensamblar historias innovadoras (¡nunca fuimos modernos!).

de su trabajo lo ha desarrollado desde California. No es claro que practique la sociología lírica, pero es una de las precursoras en poner las emociones al centro de la investigación social, partiendo por su clásico artículo “Emotion Work, Feeling Rules, and Social Structure”, aparecido en 1979 en *American Journal of Sociology*. Su trabajo es extenso y acucioso, y ha iluminado profundamente las dinámicas sociales que se desarrollan en la sociedad contemporánea norteamericana.

Quisiera detenerme en particular en su libro *Strangers in their own land* (2016), el cual aborda el surgimiento de la extrema derecha en Estados Unidos. En este trabajo, Hochschild busca describir y narrar la historia de un grupo de sus compatriotas —votantes sureños mayoritariamente de derecha— que no comprende del todo. Al hacerlo, ella descubre su rabia y su pena (*anger and mourning*, como reza el subtítulo), y la manera en que estas emociones entrelazan con desplazamientos ideológicos. Si evaluáramos este trabajo desde la propuesta de Abbott, podríamos pensar que el libro es una cumbre de la sociología lírica. No obstante, es una investigación profundamente narrativa y, con ella, demuestra porque Abbott estaba, en parte, equivocado.

Hochschild viajó por cinco años de California a Lake Charles, un pueblo entre Houston y Nueva Orleans, con el propósito de entender por qué precisamente en una comunidad que sufrió un descalabro medioambiental por culpa de empresas petroquímicas, emerge con fuerza el *Tea Party*, un movimiento político que promueve debilitar el gasto gubernamental en protección ambiental y, en última instancia, debilitar toda acción estatal-federal. En Louisiana, sostiene Hochschild, se encuentra una gran paradoja: gran contaminación y una alta resistencia a regular a los contaminadores (2016, p. 21).

Para poder explicar esta paradoja, Hochschild cree que hay que tener una comprensión más cabal del rol de las emociones en la vida política de estas comunidades. Es decir, entender cómo se estructuran los sentimientos —*the feeling rules*, haciendo eco a lo que Raymond Williams llamara “struc-

ture of feelings”— en las historias que las personas se cuentan para dar sentido a sus acontecimientos. Ella denomina a esa forma de narración una *deep story*, que no solo cuenta, sino que se siente profundamente y orienta el modo en cómo percibimos la verdad de nuestro mundo: “es una historia que se siente *como si* fuera real; es la sensación de la historia contada, en el lenguaje de los símbolos” (Hochschild, 2016, p. 135). Mediante estas *deep stories*, Hochschild explora el *prisma subjetivo* a partir del cual las personas de cualquier espectro político miran su mundo. ¿Cuál es la *deep story* que reconstruyó la autora en esos cinco años en Luisiana? ¿A qué símbolos y emociones apelaba este tipo de historia? Vale la pena reconstruirla con algo de detalle para visualizar su valor.

Esta historia se centra en una metáfora: la del sentimiento de esperar en una fila. Más concretamente, sentirse en el trayecto hacia una cumbre, como en esas filas de montañistas que se observan escalando la cima de Everest. Tras el fin de esa cima está el progreso, o el sueño americano de bienestar individual y consumo, de tranquilidad luego de un largo trayecto de esfuerzo. Es una historia de esfuerzo y mérito individual que, sin embargo, se hace con otros, normalmente feligreses de una misma comunidad (blanca) que promueven una moralidad común (tradicional, evangélica, heterosexual).

En el relato de Hochschild, esta historia *se siente* como una experiencia difícil. Ella logra cristalizar el malestar que suscita permanecer en la línea cuando ni la economía ni los salarios avanzan como en años anteriores, sumado al deterioro visible del entorno producto de desastres medioambientales. La situación es especialmente dura cuando se percibe que existen quienes *no* hacen la fila como el resto: población afroamericana, mujeres, migrantes, refugiados, funcionarios públicos y todos quienes por políticas afirmativas o beneficios particulares son *adelantados* por el gobierno federal. Incluso animales y otras especies en peligro son puestas por delante de sus fuentes de trabajo y poblados. Si bien no hay hechos concretos que prueben estos hechos, el sentimiento de abandono y deterioro aumenta al comparar la situación de uno en el tiempo y se imagina a estos “otros” amenazantes.

Es decir, se siente que no se avanza, y que grupos son ubicados más adelante cuando normalmente iban más atrás. El gran culpable es el gobierno que privilegia a esos otros, socavando con sus beneficios y regulaciones las bases del recto camino al sueño americano.

Para Hochschild, estas historias y sentimientos circulan entre redes de confianza: familiares, amigos y compañeros de trabajo, y también en los medios de comunicación (Fox News en este caso). No se basan en hechos ni en datos objetivos. Es una historia sentida: la cima del sueño americano se distancia cada vez más y es más difícil subir. Y quienes la cuentan ya no son jóvenes, son vecinos de 50 años o más. Para ellos, especialmente, el mercado laboral es más duro por la automatización y la desindustrialización (y su hermana “outsourcing”), y a diferencia de sus padres, ahora compiten por lugares de trabajo con otras mujeres, migrantes y población afroamericana, que antaño eran excluidos de estas posiciones.

En este marco, el mundo que los padres de estos trabajadores habitaron se ha vuelto irreconocible, y buena parte de los valores de esa época son ahora considerados retrógrados, siendo juzgados como personas homofóbicas y racistas. Perdieron la hegemonía cultural: “eres un extraño en tu propia tierra” (Hochschild 2006, p. 144). En aquel contexto, reponer el honor y el orgullo de la clase trabajadora americana —*Make America Great Again*, como reza el eslogan— era una necesidad. Solo había que enunciarlo con la misma pasión con la que se sufría.

Podríamos estar en desacuerdo con la reconstrucción que ofrece Hochschild, pero sería difícil negarle su audacia etnográfica, sociológica y narrativa. Ella no se contenta con una explicación fácil; al contrario, se dirige al centro de la paradoja. A partir de los relatos de gente muy alejada de la propia autora, apuesta por una historia sentida y comprensiva. A contraluz del trabajo de Abbott, Hochschild dobla la apuesta: necesitamos más narrativas, no menos.

Reconozcamos antes el movimiento dialéctico involucrado aquí. *Strangers in their own land* apunta precisamente a lo que Abbott buscaba:

sumergirse con la máxima empatía allí donde todo es ininteligible, así como recobrar la emocionalidad de la descripción densa y situada. Hochschild consigue esto gracias a etnografías de largo aliento, capaces de detallar los momentos vividos. Pero los resultados de su investigación son inviables sin una explicación narrativa, sin la pretensión de explicar una paradoja. En suma, sin historias a partir de las cuales se pueda comprender el proceso social. La “historia profunda” o la “historia sentida” sigue siendo, en última instancia, una historia (*story*): una secuencia de eventos llena de héroes y villanos que orienta moralmente las decisiones que se toman (como votar por un supuesto salvador, por ejemplo). En vez de ir en contra de las narrativas porque son relatos fríos y a la distancia —llenos de una moralina fatua, como pensaba Abbott—, Hochschild apuesta por desenredar la intensa convivencia entre principios morales y experiencias biográficas que se dan en ellas. Esto exige no solo reconstruir estas historias, sino narrarlas con estilo. Este ejercicio es precisamente parte central del oficio sociológico.

LA CRISIS DE LA SOCIOLOGÍA EN CHILE Y LA INVESTIGACIÓN SOCIAL COMO PRÁCTICA NARRATIVA

La historia del ocaso de las narrativas circula tanto temporal como espacialmente. No es tan difícil rastrearla en América Latina. En Chile, la crisis es un tópico central de la sociología. En un texto temprano de José Joaquín Brunner sobre el desarrollo de la disciplina en el país, titulado “Las imágenes de la sociedad y la mirada sociológica” (1981), este prolífico investigador (para la época director de FLACSO Chile) detalla cómo la sociología chilena surgió alrededor del centenario de la República en 1910, cuando un numeroso grupo de ensayistas (desde Darío Salas hasta Nicolás Palacios) reflexionaba sobre la crisis moral del país y el necesario rol de la educación para vigorizar la nación. Eran los orígenes ensayísticos y de cátedra de la disciplina. Brunner describe luego la manera en que la sociología se renueva en redes de conocimiento a partir de sucesivas crisis: la de la oligarquía

terrateniendo, la del estado de compromiso, la del desarrollo dependentista, o la propia crisis desatada por el golpe militar⁵. Crisis tras crisis, la sociología resurge como un necesario dispositivo de reflexión del cambio social y los obstáculos del despliegue económico, político y cultural. Cuarenta años después, nuevas generaciones de sociólogos chilenos han hecho de la crisis un proceso donde se cristaliza la fragilidad del orden social (Cordero, 2018) o donde se consolida un mecanismo de reflexividad social (Masca-reño, 2023).

Sin embargo, fue el propio Brunner quien visualizó, o profetizó, otro tipo de crisis: la crisis (terminal) de la sociología: “al parecer ya no tiene mucho que decir al mundo” (Brunner 1997, p. 28). Este fue uno de los primeros textos escritos como un misil para el sentido de la profesión en Chile, y por ello, pese a su brevedad, tuvo una gran repercusión en su época. Titulado “Sobre el crepúsculo de la sociología y el comienzo de otras narrativas”, este trabajo fue leído para la celebración del 40° aniversario de FLACSO Chile, el 28 de abril de 1997.

El argumento de Brunner diferenciaba dos tipos de sociología, ambas en declive. La primera es la “gran sociología”, aquella que impuso narraciones de sentido a partir de los distintos procesos macro de modernización: el desencantamiento del mundo, el paso de la solidaridad mecánica a otra orgánica, la enajenación y el fetiche de las mercancías, la diferenciación funcional y la colonización del mundo de la vida, el desarrollo dependiente dentro del sistema-mundo, la privatización y el declive del hombre público, entre otras. Este tipo de sociologías épicas —dice Brunner— sufren el mismo deterioro que todo gran relato moderno con el inicio de la posmodernidad, donde se acentúa lo fragmentario, lo situacional y episódico. Si

5 Este fue uno de los primeros textos de Brunner sobre la historia de la disciplina. Luego profundizará y hará otras distinciones en sus trabajos más acabados y completos sobre la materia (especialmente en *El caso de la sociología en Chile. Formación de una disciplina*, publicado en 1988 por FLACSO). Ver la reconstrucción del trabajo de José Joaquín Brunner en aquella época en Ramos (2019, pp. 415-455).

antes estos relatos marcaron no solo agendas de investigación, sino apuestas políticas y culturales, ahora dejan de hacer sentido, así como sus personajes: las revoluciones, los sindicatos, las iglesias, los partidos, las clases sociales, las civilizaciones y los sistemas.

En línea con Lyotard y Fukuyama, Brunner replica el argumento del fin de los grandes relatos como orientadores del mundo público y político. En la posmodernidad, dice el sociólogo chileno, es más útil revisar los reportes del Banco Mundial y sus cifras que guiarse por las antiguas epopeyas sociológicas sobre el fin de la comunidad (o todas sus variantes nostálgicas) y sus jaulas de hierro (todos los relatos de pérdida de agencia, exclusión y alienación).

Ahora bien, Brunner también muestra el desarrollo de un tipo de sociología menos épica y más novelesca⁶, que se empeña en desentrañar los microespacios de interacción. Guiada por el espíritu de Goffman⁷, esta sociología de la vida cotidiana, de carácter fenomenológico, al parecer terminaría solo por mostrar pequeñas situaciones, sin capacidad de generalización. Para Brunner, en contraposición a los macrorelatos de antaño, esta sociología termina por exhibir microejercicios de poder o rituales de interacción un tanto tediosos, o descripciones de subjetividades arrinconadas en sus redes locales o de consumo que, al compararlas con la novela y sus finas precisiones, palidecen como incolora, sin riqueza textual y con un tono normalmente pedante (en esto Brunner se adelanta a los términos

6 En parte, Brunner sigue un camino similar al de Benjamin a partir de Bajtín: la novela vendría a reemplazar la epopeya antigua, marcada esta última por sus grandes cuadros de transformación de época, sus leyendas y tradiciones, sus memorias y orígenes. La novela en cambio estaría centrada en la construcción del personaje, sus cuitas y escenarios. Como planteó Wolf Lepenies (1985), la sociología nace de la tensión entre ciencia y literatura para interpretar la realidad. No obstante, cabría precisar que Benjamin está más preocupado de la narrativa oral que de la propia epopeya (la diferencia, veremos al final, no es banal).

7 El estudio de Claudio Ramos (2019) sobre el trabajo de Moulian, Brunner y Morandé, deja en claro que el segundo de ellos, a su vuelta de estudios en Inglaterra, dedica diversos artículos a criticar la perspectiva interaccionista de Goffman, por su incapacidad para ofrecer una crítica ideológica al orden social.

que usará el propio Abbott para referirse a toda la sociología). A final de cuentas, esta microsociología decae también, pues: “su familiaridad con lo actual es escasa; sus reconstrucciones epopéyicas han sido consumidas; su perplejidad ante el mundo es menos rica, variada y auténtica que aquella de la novela o las artes visuales” (Brunner 1997: 31).

Si seguimos a Brunner hasta la actualidad, habría que proclamar en toda escuela de sociología la siguiente provocación: en vez de leer tantos artículos tediosos, es mejor que en clases descubramos la historia familiar del país a través de German Marín, las subjetividades maipucinas con Alejandro Zambra y el dolor del silencio y el trauma con Andrea Maturana. ¡Arriba nuestra literatura, abajo la disciplina tediosa! Y, bueno, ¿qué lector no lo ha pensado?

El texto de Brunner, como adelantamos, no pasó desapercibido. Su antiguo compañero de FLACSO, una figura trascendental de la vieja epopeya sociológica chilena, Enzo Faletto, dedicó una conferencia al respecto el año siguiente, titulada “¿Crisis de la sociología?” (Faletto, 1998). Resulta interesante constatar que tanto el texto de Brunner como el de Faletto fuesen formas discursivas orales, siguiendo la antigua tradición de contar historias ante una comunidad de oyentes, para alegría de Benjamin. Con su inolvidable humor, Faletto no palidece ante una nueva crisis de la sociología, recordando que Nietzsche había decretado la crisis de Dios mismo: “frente a la muerte de Dios no es mucho”. Estima como una obviedad que la buena sociología y la buena novela pueden compartir juntas, y no enmudece una con el advenimiento de la otra.

Pero el punto más fuerte del texto de Faletto es que, si existe una verdadera crisis de la disciplina, esta pasa por una falla en su intencionalidad ética, es decir, en lograr que sus formas de comprensión vayan dirigidas a producir un cambio social. Lo contrario es rendirse ante la facticidad del mundo y la alienación que se desarrolla en el capitalismo moderno. La sociología tendría futuro solo si carga sobre sí el mandato ilustrado de aunar razón y verdad, develando las estructuras de poder y los obstáculos del cambio.

¿Qué paso 20 años después? ¿Triunfó la novela frente a la sociología? ¿Se acabó la gran sociología? ¿Logramos terminar con una sociología con intencionalidad, propulsora del cambio, quedándonos solo con especialistas sin corazón? Si seguimos al propio José Joaquín Brunner, claramente no. En 2012, publicó en la revista *Estudios Públicos* una reseña al libro editado por Tomás Ariztía, *Produciendo lo social*. En su revisión del conjunto de ensayos recolectados en ese trabajo, Brunner no vuelve ni sobre las grandes epopeyas sociológicas, ni sobre la novela. A partir de distinciones bourdieanas, traza más bien la evolución del campo de estudios sociológicos, para encontrarse luego con una nueva gama renovadas de investigadores. ¿Es un desierto narrativo lo que observa?

[...] el conjunto de textos reunidos en este volumen postula que la producción del campo de las ciencias sociales chilenas y sus usos durante los últimos veinte años han contribuido a definir y a legitimar nombres, clasificaciones y categoría a través de los cuales percibimos, interpretamos y actuamos el mundo social dentro del cual nos desenvolvemos (Brunner, 2014, p. 148).

Frente a esta importante pretensión performativa, Brunner se pregunta: “¿existe en nuestra sociedad un uso suficientemente amplio e intenso de las ciencias sociales como para justificar una empresa de análisis de esta envergadura? Sin dudar, respondo que sí” (Brunner, 2014, p. 149). Más allá del fino análisis de los textos que luego realiza, es importante observar el notorio cambio de tono que ha adoptado el autor veinte años después. Si uno observa a Brunner desde su propia perspectiva (operación analítica que el gran trabajo de Claudio Ramos sobre los relatos sociológicos permite), pareciera que, a finales de los noventa, la sociología solo estaba reflexionando sobre su crisis para salir de ella con más fuerza y renovada energía.

No obstante, queda en el aire un pequeño fenicio. El Brunner de antes y el de ahora, al igual que Faletto, desconfiaba de lo que parecía ser una sociología subjetivista, cotidiana en exceso, sin el ejercicio necesario de una crítica ideológica. Cuando revaloriza el ejercicio sociológico, lo hace desde un

lugar que él ya presuponía cómodo: los intermediarios y sus juegos de poder, los intelectuales y sus performances, los consumidores y sus objetos de deseo, los expertos y las credenciales educativas. Ciertamente, la sociología ha abierto diversas líneas al respecto. Pero cabe preguntarse si la disciplina en Chile no cayó en la profecía de irrelevancia que el propio Brunner advertía en 1997 (por motivos diversos, incluidos algunos ajenos a su propia lectura).

Cualquiera que haga un recorrido acucioso al desarrollo de la sociología chilena en el siglo XXI no puede sino encontrar, en muchos de sus trabajos, una fuerte densidad narrativa, auscultadora de experiencias y biografías, fuerte en metodologías cualitativas y etnográficas. Si no, ¿cómo entender el entusiasmo que suscitó el informe PNUD (2002), *Nosotros, los chilenos: un desafío cultural?* ¿Cómo percibir el quiebre que significó *Habitar lo social*, de Kathya Araujo (2009), para la comprensión del abuso en el país? ¿Cómo comprender todas las transformaciones de género que iluminaron los trabajos de Ximena Valdés y Margarita Palacios (2006) en *Puertas Adentro?* ¿Y el desastre tecnocrático que significó el Transantiago sin el exhaustivo aporte de Sebastián Ureta (2017)? Habría que citar a tantos y tantas que trabajaron en las siguientes interrogantes el último decenio. ¿Cómo apreciar las implicancias de las transformaciones urbanas y las luchas de la vivienda?, ¿los cambios en la intimidad, en la masculinidad y sexualidad?, ¿los cambios en el modo como miramos el pasado, nuestras memorias y las expectativas a futuro?, ¿las narrativas sobre clases sociales, las deudas, las percepciones de injusticia, los sentimientos de inautenticidad, irritación, ira y desesperanza?, ¿las movilizaciones en las calles de estos últimos 20 años, sus motivaciones y marcos de sentido?

No, la sociología no quedó muda ni fue silenciada. Tampoco la novela reemplazó sus registros (aunque, al mismo tiempo, Roberto Bolaño la sacaba de ese lugar común para llevarla a otro plano de historias y lenguajes). Por el contrario, en los últimos años han surgido innumerables trabajos de reconocida densidad analítica. ¿Por qué, entonces, no se cumplió el oráculo? Por múltiples razones: en primer lugar, el estímulo o la necesidad de re-

flexionar sobre un país que vive cambios acelerados, los cuales desmienten cualquier noción de “fin de la historia” (y en esto evoco mi propia narrativa; Frei, 2024). En segundo lugar, por las redes globalizadas de investigación que estimulan la innovación teórica y metodológica, trayendo referentes latinoamericanos, franceses, alemanes, ingleses (Ramos, 2014); y, sin duda, por el ejercicio sostenido por muchos y muchas investigadoras de involucrarse en las experiencias de la vida social, recoger historias que circulan en esos lugares cotidianos, potenciando una actividad fuerte de escucha y una voluntad para seguir explorando sobre aquello que aparece ininteligible. En eso, cada vez que la sociología chilena ha compartido el espíritu de Hochschild por adentrarse en lo que no entendemos, ha logrado renovar la disciplina.

EPÍLOGO

En una conferencia realizada en la Universidad de Talca en 2006, el escritor argentino Ricardo Piglia señaló que existirían dos orígenes en el acto de narrar. El primero es el del viajero: “alguien sale del mundo cotidiano, va a otro lado y cuenta lo que ha visto: la diferencia”. Walter Benjamin pensaba precisamente en eso al desatacar al marinero y al comerciante como narradores de la distancia, aunque advertía que, con el tiempo, estos volvían cada vez más mudos. Abbott pensará luego que tanta distancia termina por socavar el ejercicio sociológico.

La segunda forma de narración que reconoce Piglia se vincula con el acto de la pesquisa. Haciendo eco del trabajo de Hochschild y rebatiendo a Abbott, señala: “Hay unas huellas, unos indicios que no se terminan de comprender, es necesario descifrarlas y descifrarlas es construir un relato... A esa reconstrucción de una historia a partir de ciertas huellas que están ahí, en el presente, a ese paso a otra temporalidad, podríamos llamarlo el relato como investigación” (Piglia, 2007, p. 344). Eso es lo que evidentemente cambió desde principios de siglo XXI en la sociología chilena: la narración se hizo parte de la investigación, y la investigación se transformó en narra-

tiva explicativa. Y lo hizo desde múltiples universidades, centros, regiones y perspectivas. En vez de enmudecer y callar, la sociología chilena empezó a producir múltiples historias.

A lo largo de estos 100 años, la sociología siempre ha sabido beneficiarse de las crisis. Sus ideas y venidas no deberían verse con tanto drama, sino como parte vital de sus esfuerzos por comprender las réplicas de lo que, entre crisis y crisis, todavía no entendemos bien del todo. Más importante aún es rememorar las palabras de Piglia dichas en marzo del 2006, a menos de dos meses que comenzaran las protestas estudiantiles en Chile y cientos de historias volvieran a ponerse en movimiento:

Contar historias es una de las prácticas más estables de la vida social. Siempre se han contado historias y se seguirán contando, y si pensamos en el futuro, estoy seguro de que la narración persistirá, porque la narración es el gran modo de intercambiar experiencias (Piglia, 2007, p. 347).

Ni Benjamin, ni Abbott, ni Brunner podrían estar en desacuerdo con lo anterior a estas alturas. Arendt, Hochschild y una buena parte de la sociología chilena deberían concordar también.

BIBLIOGRAFÍA

- ABBOTT, A. (1992). From causes to events: Notes on narrative positivism. *Sociological Methods & Research*, 20(4), 428–455.
- ABBOTT, A. (2007). Against narrative: A preface to lyrical sociology. *Sociological Theory*, 25(1).
- ARAUJO, K. (2009). *Habitar lo social: Usos y abusos en la vida cotidiana en el Chile actual*. LOM.
- ARENDT, H. (1968). *Men in dark times*. Harcourt Brace Jovanovich.
- ARENDT, H. (1993). *La condición humana* (3rd ed.). Editorial Paidós.
- ARENDT, H. (2002). *La vida del espíritu*. Editorial Paidós.
- ARENDT, H. (2008). *La promesa de la política*. Editorial Paidós.
- BENJAMIN, W. (2018). *Iluminaciones*. Editorial Taurus.
- BRUNNER, J. J. (1981). Las imágenes de la sociedad y la mirada sociológica. *Documentos de Trabajo*, (121). FLACSO.
- BRUNNER, J. J. (1997). Sobre el crepúsculo de la sociología y el comienzo de otras narrativas. *Revista de Crítica Cultural*, 28–31.
- BRUNNER, J. J. (2014). Sociología de la sociología. *Estudios Públicos*, 133, 147–163.
- CORDERO, R. (2018). *Crisis and critique: On the fragile foundations of social life*. Routledge.
- CORDERO, R., & SALINAS, F. (2017). Hacia una sociología de la abstracción: Observaciones acerca de la mediación entre lo conceptual y lo empírico. *Cinta de Moebio. Revista de Epistemología de Ciencias Sociales*, (58), 61–73.

- FALLETTO, E. (1998). ¿Crisis de la sociología? *Némesis. Revista de Estudiantes de Sociología de la Universidad de Chile, Año 0(1)*, 20–25.
- FREI, R. (2024). A cinco años del estallido social: Diez tesis sobre la transformación sociocultural en Chile. *Estudios Públicos*, (oct.), 1–29.
- HOCHSCHILD, A. (1979). Emotion work, feeling rules, and social structure. *American Journal of Sociology*, 85(3), 551–575.
- HOCHSCHILD, A. (2016). *Strangers in their own land: Anger and mourning on the American right*. Ingram Publisher Services.
- LEPENIES, W. (1985). *Die drei Kulturen: Soziologie zwischen Literatur und Wissenschaft*. Hanser.
- MASCAREÑO, A. (2023). *Ética de la contingencia: Entre individuos y sistemas*. Editorial Metales Pesados.
- PIGLIA, R. (2007). El arte de narrar. *Universum (Talca)*, 22(1), 343–348.
- PNUD. (2002). *Informe de Desarrollo Humano: Nosotros los chilenos un desafío cultural*. PNUD.
- RAMOS, C. (2014). Local and global communications in Chilean social science: Inequality and relative autonomy. *Current Sociology*, 62(5), 704–722.
- RAMOS, C. (2019). *Relatos sociológicos y sociedad: Tomás Moulian, José Joaquín Brunner y Pedro Morandé: Obra, redes de producción y efectos (1965–2018)*. UAH Ediciones.
- URETA, S. (2017). *Transantiago: o el fallido ensamblaje de una sociedad de clase mundial*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- VALDÉS, X., CASTELAIN-MEUNIER, C., & PALACIOS, M. (2006). *Puertas adentro: Femenino y masculino en la familia contemporánea*. LOM.

AGRADECIMIENTOS

A los editores de *Cuadernos de Teoría Social*, Rodrigo Cordero y Francisco Salinas, por la invitación y sus acuciosos comentarios.

SOBRE EL AUTOR

Doctor en Sociología de la Universidad Humboldt de Berlín y magíster en Filosofía Política de la Universidad de Chile. Desde 2020, se desempeña como profesor de la Escuela de Sociología de la Universidad Diego Portales. Por más de diez años fue investigador del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). En la actualidad, es investigador adjunto del Núcleo Milenio de Desigualdades y Oportunidades Digitales (NUDOS). Sus principales áreas de investigación son la sociología cultural, narrativas sociales, digitalización y vida cotidiana, desigualdades y memoria. Sus últimos trabajos han sido publicados en el *Journal of Language and Politics*, *Memory Studies*, *Latin American Research Review*, *International Sociology* y *Space and Culture*.